

EL ANTIMPERIALISMO, ¿UNA OBSESIÓN?

Muchos habrán hecho –o podido hacer– mi reflexión. Muchos, también, la hubieran encontrado pretenciosamente hinchada, grotescamente trascendental. Mientras tecleo esta nota pasa a dos cuerdas de mi casa, por 18 de Julio, el desfile de Reyes de Coca-Cola. Y pienso: esto es imperialismo. Esta perfecta adecuación de los reflejos de un mundo de consumidores. Esta siembra de alicientes y seducciones. Este ritmo brioso y regular de la marcha, al que jamás llegarán nuestros claudicantes corsos municipales. Esta internacional, ubicua presencia de un solo producto; el segundo astronauta de Occidente que llegue a la Luna plantará allí su bandera.

Esta pulida eficacia de la propaganda y de la organización. Este manejo sin fallas de todo lo que divierta, distraiga, dé escape. Esta implacable racionalización vendedora de toda belleza, de todo localismo o de toda tradición. Y, sobre todo, esta triunfal irrupción que desde un cuarto de siglo hasta hoy ha hecho de casi todos los rubros capitales de nuestra industria y nuestro comercio “*filiales*” y “*sucursales*”. Repásese cualquier nómina y se verá –desde las máquinas agrícolas o de escritorio hasta los esmaltes para uñas– qué sociedad, qué empresa no encubre con un directorio nacional una dependencia al exterior, no depende de un asesoramiento técnico, no debe “*royalties*” y “*patentes*”, no pesa, cual más, cual menos, en nuestra balanza de cuentas.

El fenómeno no es nuevo sino viejísimo. Desde que (ya va hacer pronto cinco siglos) el expansivo burgués europeo fijó la mirada fuera de sus habituales límites, el ancho universo fue para él “*naturaleza*”. “*Natives*” nos llaman todavía entre ellos los anglosajones. Y si lo dicen de nosotros ¿qué no dirán de los congoleseos o de los laosianos? Naturaleza, cosas. En el imperialismo nacimos, crecimos, sobrevivimos, malvivimos. En el imperialismo hemos flotado, como objetos en un líquido en suspensión, como si él mismo hubiera sido la red continua de los océanos, cuatro continentes, sin otras excepciones que las de algunas tierras semivacías: los Estados Unidos, Australia. Con el proceso imperialista están inextricablemente trabados nuestro desarrollo económico, nuestras costumbres, nuestras ideas, nuestra cultura, nuestras técnicas, nuestras costumbres y nuestros reflejos. No todo contacto entre una sociedad central y otra marginal, entre una desarrollada (para un tiempo dado) y otra incipiente es “*imperialismo*”; pero nada surge de él sin que el imperialismo lo marque, lo inflexione. Si del Uruguay hablamos, nada podemos entender de nuestro pasado o nuestro presente sin tenerlo sin pausa ante nuestros ojos. Hispánico primero,

lusitano-inglés, franco-inglés, inglés, norteamericano, técnicas, razones, designios variaron al infinito, pero aún ese infinito cabe bajo el rótulo general que el imperialismo le impone. Ni nuestra sociedad rural, ni las alternativas de nuestra independencia, ni el aplastamiento del artiguismo, ni la Cisplatina y su fracaso, ni nuestro nacimiento como nación, ni nuestras guerras civiles, ni el surgimiento del Uruguay moderno pueden explicarse sin él. Nuestra historiografía clásica -que aún sobrevive muy oronda- tomaba al país como un proceso autogenerante sin dejar de considerar (imposible no hacerlo) algunas intervenciones específicas: las invasiones inglesas de 1805-6, las intervenciones anglofrancesas de la Guerra Grande, los amenazantes reclamos europeos por concepto de indemnizaciones. Sin invertir totalmente la jerarquía, nuestra historia actual lo aborda todo de modo muy distinto. Y, uruguayo, argentino o de cualquier otra zona del mundo marginal, no prescinde nunca del contexto mundial que, en cada etapa y lugar, la expansión imperialista representa. Esto no significa que no atienda a esos factores endógenos que eran los que al enfoque político o histórico clásicos más importaban, es obvio que esos factores siempre se suscitarán en un gran espacio físico y en una masa humana relativamente cuantiosa. Con todo, hay que evitar una confusión: el hecho de que los factores “*endógenos*” sean aún los más percibidos se debe en buena parte a que son los que el historiógrafo y el analista tienen más cerca, han sido peor estudiados y han resultado, a menudo, falseados o escamoteados.

UNA REDUCCIÓN INGENUA

Haya esgrimido o esgrima la fuerza o el consenso, haya reflejado o refleje la etapa naval mercantil, industrial, bancaria o total del capitalismo, haya sido protagonizado por España, Portugal, Holanda, Francia, Inglaterra, Alemania o los Estados Unidos, el imperialismo tendió a presentar, regularmente hasta hoy, todas las fases posibles: económica, social, política, cultural. Desde Hobson, en 1902, Lenin, en 1914, Bujarin, en 1917 hasta los planteos más recientes de Fritz Sternberg, Strachey y Baran (para citar sólo los principales), la “*globalidad*” del fenómeno imperialista constituye una verdad prácticamente incontrovertida.

En su naturaleza de réplica frente a él, también el antimperialismo fue tomando conciencia, a lo largo de varias décadas, de exigencias, de desafíos igualmente globales. Es cierto, como se ha dicho, que el antimperialismo, aquí y en casi todos lados, ha sido anterior al “*tercerismo*” y aún a todas las corrientes de izquierda. Pero asimismo es verdad que las primeras formulaciones ideológicas que desde los países dominados buscaron cohesionar la lucha por la liberación, poco más tuvieron que hacer que visualizar el abanico de antítesis que a la acción de sojuzgamiento debía oponerse.

Con todo, hay una actitud que se conforma con menos. En un país dado, observa las calles de su capital y percibe que no están patrulladas por tropas extranjeras. Concorre a su parlamento y cree advertir que los legisladores hablan

sin visibles interferencias. Conoce a sus gobernantes y es enterado de que estos firman los decretos sin que nadie les lleve la mano. Recorre las principales empresas y se le comunica en muchas que el gerente sólo podrá conversar con él si maneja –digamos– el castellano.

La gama de estos “realismos” es infinita. Como del imperialismo se trata, hay quien exige para su configuración la explotación y dominación económicas más la pérdida total de la independencia política a manos de medios violentos. También se aceptan matices intermedios: la penetración económica consentida y crecido “quantum” de extracción de ganancias sin aparente lesión de la soberanía política; otro, el cuadro anterior más contralor político visible; otro, el empleo de la fuerza para mantener la condición de dominado e impedir que el estado nacional regule los bienes del país.

El conocido libro de Flagg Bemis, sobre la diplomacia estadounidense en la América Latina, es maestro en estas arteras reducciones. Y hace dos o tres años (si la memoria no me traiciona), Jorge Luis Borges, desde la Universidad de Austin (Texas) preguntaba desafiante con qué se comía (para abreviar) eso del “imperialismo yanqui”.

Se me dirá que elijo ejemplos fáciles. Perdido en su jardín de senderos que se bifurcan, Borges nunca supo nada de su continente hasta que él llega –justito– a las riberas del río de Pecos Bill. Se me dirá que de la Argentina sólo conoce (aunque tan hermosamente trascendida) la tradición distorsionada de su clase. Feroces mazorqueros, heroicos coroneles, frágiles cuellos segados hacia su “destino sudamericano”. Y poco más tras esto y unos arrabales, además del viejo Buenos Aires, regustados con la fruición del señorito que se arriesga fuera de su mundo. Pero hay quienes tienen que ser sometidos a pautas más rigurosas. Y un texto reciente me da pie incomparable. En la recién aparecida revista LA RUEDA, Graciela Mántaras registra algunas declaraciones de sociólogos a propósito del sonado libro de José Luis de Imaz. La de Gino Germani no tiene desperdicio. Pero antes de comentarla hay que recordar que Gino Germani, extraño espécimen ítalo-argentino, es el supremo mandarín de una casta sociológica de “objetivistas” enemigos de todo compromiso y de diestros extractores de fondos de las grandes “fundaciones” sostenidas por los monopolios norteamericanos. Todos ellos -unos más, otros menos- detestan a Wright Mills, poco “científico”, en su opinión y, sobre todo, militante. En esas declaraciones a que me refiero Germani dice, entre otras, lo siguiente: “El imperialismo no está tanto en las empresas sino en la presión de la Embajada y en los militares y políticos argentinos; son los militares quienes obligaron al gobierno a pronunciarse como lo ha hecho en el caso de Santo Domingo, y no como en el Uruguay”.

Hay que alegrarse que el displicente profesor Germani acepte que hay “presión de la Embajada” y que el imperialismo esté “algo” en las empresas copadas por la inversión yanqui. Lo más despampanante de su declaración y lo que la sitúa como modelo para mi caso es que Germani considere que el reaccionarismo cerril del ejército argentino, servidor de un Estado nacional entre 1945 y 1955,

nada tiene que ver con el imperialismo de que habla. Para Germani es otra fuerza, y no la del imperialismo, la que protagonizó el lavado de cerebros de los militares sudamericanos desde los días de la segunda guerra mundial. Es otra fuerza la que los ha llevado uno a uno o grupo a grupo a Fort Wenworth, a las bases aéreas de Texas, a la Escuela Interamericana de Panamá, la que ha promovido la reciente conferencia de Lima, la reciente operación Ayacucho y las reiteradas maniobras navales del Atlántico Sur. Para Germani, en suma, no es el imperialismo el coligante que aproxima, sobre seculares desconfianzas, a Onganía y a Costa y Silva y a los militares de Perú, Colombia, Paraguay y ha promulgado recientemente, por boca de Averell Harriman, la doctrina de los ejércitos sudamericanos como custodios del “*desarrollo en la libertad*”, *el orden social y el alineamiento* con Occidente.

Pero así como angosta el sentido de las palabras, esta interpretación reductiva las amplía cuando le conviene. Y aquí hay que aludir a la cuestión del “*imperialismo soviético*”. Milovan Djilas, en su estruendoso libro, dijo hace algunos años que nacía de las aspiraciones de la “*nueva clase*” a asegurarse un gran mercado socialista único con una red de compras a precios inferiores a los del mercado mundial. Otros analistas, no sospechosos de anticomunismo, han apuntado que en la planificación autoritaria de ese mercado los productos de los países satélites han sido sometidos a precios menores de lo debido y que la condición que acrecentara el ingreso medio de la zona. Pero al margen de estos hechos no ciertamente despreciables, asimilar, digamos, la presencia soviética en Bulgaria o en Hungría con la presencia norteamericana en Haití o en el Congo es haber perdido el sentido de las palabras. Todo expansionismo no es imperialismo, y aunque nunca fue mi tarea defender la soviétización del Este de Europa, una cosa muy distinta es el segundo fenómeno ineluctable del mundo capitalista y otra ese expansionismo que se ejerce sobre pueblos geográficamente contiguos y culturalmente afines e impone una homogeneización económica y social que el imperialismo jamás intentó y que contraría, incluso sus más radicales impulsos.

EL ANTIMPERIALISMO URUGUAYO

Una actitud que niegue algo que no rompe los ojos y otra que afirme que dos cosas aparentemente afines son idénticas, siempre juegan con ventaja en la mente del hombre medio contemporáneo. La propensión a la incredulidad y al negar (que siempre parecen más elegantes que la afirmación) es uno de los trazos más hondos de la modernidad; el ejercicio del cuidadoso distinguo una de sus prácticas más olvidadas. Y volviendo a Solari, yo no digo que en su planteo del tercerismo incurra en los simplismos antes apuntados, pero vale la pena registrar las afirmaciones concretas sobre imperialismo y antimperialismo que en su libro campean. Algunas se plantean en forma interrogativa, pero la actitud de quien las hace es suficientemente inequívoca.

Solari (pág. 37) piensa que el antimperialismo “no da una respuesta suficientemente clara y unívoca a los problemas del mundo actual”. Supone después que el antimperialismo tiene peligrosas proclividades a la vaguedad, la abstracción y el irrealismo pues aunque admite que su percepción del fenómeno que enfrenta sea correcta, se pregunta si no “es poco realista” el tercerismo que lo enfrenta. También aventura que el imperialismo “no juega el papel o quizás un papel diferente que el que percibe la ideología tercerista”. Mucho más adelante asevera que “el anti-imperialismo es una realidad muy concreta, pero en el Uruguay, al menos, es una bandera demasiado abstracta, para círculos reducidos de personas de alto estatus cultural. El Uruguay no es América Central, no tiene esa permanente, pacífica y/ o violenta penetración del imperialismo yanqui. El anti-imperialismo implica en el Uruguay la traslación de una realidad mucho menos perceptible que en otros países latinoamericanos y eso dificulta su conversión en una ideología de masas” (pág. 117). Y siempre en función uruguaya, paginas antes (72-73) Solari sostiene que el anti-imperialismo desempeña “una función conservadora., aunque pueda parecer paradójal. La ideología convoca a una inmensa transformación que depende de la supresión previa de la gran peste: esa supresión está muy distante, entre tanto todo lo que no tiene que ver con esa finalidad es secundario. Nadie da demasiada importancia a cambiar lo que tiene ese carácter”.

Todos estos asertos merecen ser apreciados. Y en lo que ellos no hayan sido ya considerados en las reflexiones que los preceden, parece claro que esa apreciación alargaría extremadamente esta nota. Por ello tendré que realizarlo junto con otras, bastante conexas, sobre las afirmaciones que, sobre el nacionalismo, Solari realiza.

(Esta es la cuarta de una serie de notas sobre el libro de Aldo Solari **El tercerismo en el Uruguay**)